FL 33 03

Comenzamos ahora el tiempo dedicado a la Facultad de Filología. Intentamos llegar a todos los alumnos que estudian Filología Española por la Universidad a distancia y por medio de comentarios, explicaciones, opiniones y demás, ayudarles en el desarrollo de sus estudios. Hoy vamos a tratar de griego.

La poesía épica, aquella que narraba las hazañas de los héroes y los dioses y que era transmitida fundamentalmente de forma oral, tiene su máximo exponente en Homero. José María Lucas es profesor y secretario del Departamento de Filología Clásica en la Universidad a distancia y él es quien nos introduce en aquel mundo mágico y maravilloso y en los temas y las formas de la poesía épica griega. La literatura, contra lo que en ocasiones se lee o se oye, no es un invento específico de los griegos.

Con anterioridad ya se cultivaban distintos tipos de creación literaria en lo que hoy en día llamamos Oriente Próximo y todo ello en el tercer milenio antes de Cristo, o sea, antes del año 2000 y también en las primeras centurias del segundo. Ahora bien, no es menos cierto que la llegada de los griegos, una rama de la familia indoeuropea, a la región que llamamos Grecia va a suponer un paso decisivo en la consolidación de esta actividad cultural que denominamos literatura. Dentro de este área, la poesía épica griega y, en concreto, la figura de Homero, suponen un jalón importante.

Por supuesto que en Grecia hubo una gran producción de poesía oral de la que conocemos, aparte de la Ilíada y de la Odisea, un buen número de otros títulos semejantes, aunque, desgraciadamente, sólo conservamos de ellos pequeños fragmentos de muy escasa utilidad. Pero todos coinciden en afirmar que Homero sobresalió de forma preeminente, razón por la cual se nos han conservado esas dos obras, tradicionalmente atribuidas a él, aunque, en el caso de la Odisea, cada vez van siendo más los que rechazan la autoría homérica, dadas sus diferencias importantes a todos los niveles con la Ilíada. De la poesía épica griega y de Homero podríamos estar hablando horas y horas, por lo mucho que se ha estudiado y porque, además, el tema es enormemente atractivo.

Aquí nos vamos a reducir a tratar dos aspectos básicos en este tipo de poesía, y lo vamos a hacer de la manera más directa que se me ocurre, recurriendo a los propios textos para observar en ellos mismos todas esas consideraciones teóricas que solemos leer en los libros. La traducción utilizada en los fragmentos comentados es, para la Ilíada, la de Daniel Ruiz Bueno, editada en la Biblioteca Clásica de Editorial Hernando, Madrid, 1956, aunque posteriormente se han hecho varias reimpresiones. Y para la Odisea, la de José Luis Calvo, en la Editora Nacional, aparecida en 1976, y de la que hay ya una segunda edición.

Empecemos hablando de la Edo, el cantor profesional encargado de mantener vivo este género de la poesía oral. Su papel es importante dentro de la sociedad homérica, puesto que es el compositor y cantor de gestas heroicas pasadas, con las que la aristocracia de la época quiere

entroncar. Un ejemplo claro de esta posición destacada lo encontramos en el pasaje, por ejemplo, de Odisea, canto octavo, versos 250 y siguientes.

Con que vamos, bailarines de los ceacios, cuantos sois los mejores, danzad. Así podrá también decir el huésped a los suyos, cuando regrese a casa, cuánto superamos a los demás en la náutica, y en la carrera, y en el baile, y en el canto. Que alguien vaya a llevar a Demódoco la sonora cítara que está en algún sitio de mi habitación.

Así habló Alcino, semejante a un dios, y se levantó un heraldo para llevar la curvada cítara de la habitación del rey. También se levantaron árbitros elegidos, nueve en total, los que organizaban bien cada cosa en los concursos, allanaron el piso y ensancharon la hermosa pista. Se acercó el heraldo trayendo la sonora cítara a Demódoco, y éste enseguida salió al centro.

A su alrededor se colocaron unos jóvenes adolescentes, conocedores de la danza, y batían la divina pista con los pies. Hemos venido haciendo mención de la Edo como cantor profesional. Sin embargo, en ocasiones determinadas podemos encontrarnos también con que un héroe canta las hazañas heroicas de sus antepasados.

Por ejemplo, el caso de Aquiles, en el canto 9 de la Ilíada, versos 185 y siguientes. Ya llegan a las tiendas y a las naves de los mirmídones, y a Aquiles, el alma recreándose, le hallaron con su cítara sonora, un primor de belleza y de trabajo, con su traste de plata que de entre los despojos se escogiera, cuando de Etión magnánimo él mismo destruyó la ciudadela. Con ella el corazón se recreaba, cantando las hazañas de los héroes.

Sólo Patroclo estaba allí frontero, en silencio sentado, el momento acechando en que Eleácida terminara su canto. Hemos dicho más arriba que Homero realmente no es más que el eslabón de una cadena en la producción de poesía épica griega. Aunque no es menos cierto que su figura debió destacar por encima de todos los demás autores de este género poético, puesto que ya los propios griegos en la antigüedad le rindieron una estimación única, criterio este que habrá de mantenerse a lo largo de toda la historia de la cultura occidental, hasta nosotros.

Pues bien, un resto de los argumentos de esos otros poemas épicos perdidos puede ser el relato de la gesta de Meleagro, que encontramos en Elíada, canto noveno, versos 524 y siguientes. Sabemos por las gestas de los héroes de antaño, si violento arrebato les venía, que podían a dádiva rendirse y eran a las razones accesibles. Una hazaña recuerdo en este punto, vieja ya, no de ahora.

Como fuera, y en medio de vosotros, mis amigos, la voy a relatar. Allá luchaban los curetes y etolios, en torno a Calidón, ciudad hermosa, y con mutua matanza se diezmaban. Los etolios, a Calidón amable defendiendo, los curetes, por ares, ardiendo de furor por destruirla.

Y fue que a los etolios Artemis suscitó, la de Aurotrono, un desastre, irritada por que Neo no le hizo en el recuesto de su viña los sacrificios de Vendimia. Fuera cosa de olvido, fuera que por sus mientes no pasara, grande fue la ceguera de su alma, e irritada, la diosa flechadora de Zeus

Casta, contra ellos suscitó una fiera enorme, salvaje jabalí de blancos dientes, que estragos mil hacía, devastándole a Eneo los viñedos. Muchos copudos árboles al suelo de Cuajo derribara, con sus mismas raíces y en plena floración de dulce fruto.

Al cabo, al jabalí, matóle Meleagro, hijo de Eneo, que de muchas ciudades, partida reunió de cazadores y de perros, pues la fiera no se hubiera rendido a poca gente. Tan grande era, y a muchos, a la fúnebre pira subir hizo. El empleo de un episodio de una gesta antigua, como el que acabamos de escuchar, se utiliza dentro de la marcha general del poema como un elemento de comparación.

Pero no solo detectamos en homero restos de esta interinfluencia entre diversos poemas épicos, también hay ocasiones en que el poeta oral se sirve de la poesía lírica de su época, y en forma especial de la lírica coral. Veamos un ejemplo al final de la Ilíada, cuando se describe el canto fúnebre por la muerte de Héctor, dentro del cual cantan como solistas su mujer, Andrómaca, su madre y Helena. Canto 24, versos 719 y siguientes.

Más apenas al muerto en su casa gloriosa introdujeron, en lecho taladrado le pusieron, y a su lado, los cantores, que el canto preludian, se sentaron. Un canto gemebundo entonan ellos, y el plañido prosiguen las mujeres. Más entre éstas, Andrómaca inició, la bracinídea, los gemidos, teniendo entre sus manos, de Héctor, el matador de guerreros, la cabeza.

Ay, esposo, ay, qué joven te has sido de la vida, y a mí me dejas viuda en tu palacio, y al niño así de tierno todavía, que tú y yo, infortunados, engendramos, y no espero que llegue a mocedad, pues antes, antes, desde la cumbre a los cimientos será esta ciudadela destruida, ya que tú, su vigía, has perecido. Tú que eras su baluarte, y a la par a las esposas venerables, y a los niños pequeños defendías, las mismas que muy pronto, cautiva llevarán las ondas naves, y a mí entre ellas. Y también tú, hijo mío, seguirás conmigo al cautiverio, donde indignos trabajos se te impongan a jornal, ante un amo sin entrañas, o quizá algún aqueo, de la torre tomándote del brazo de despeñe.

Muerte horrenda, despechado que esté, porque a un hermano, o a su padre, o al hijo le mató Héctor, pues innúmero fueron los saqueos que, sí, a golpes de Héctor, con los dientes, hubieron de agarrarse al suelo inmenso, porque no era tu padre nada blando, metido en el rebate luctuoso. Y por ello sus gentes, por toda la ciudad le están llorando, mas a tus padres, Héctor, en gemidos y en duelo abominable los has puesto, y más que a nadie a mí, dolores luctuosos me has dejado, porque no me tendiste, no, tus manos, en tu aliento postrero, desde el lecho, ni discreta palabra me dijiste que en mi vida ya siempre, noche y día, lágrimas derramando, recordara. Así dijo llorando, y el plañido seguían las mujeres.

Veamos ahora otro aspecto importante de la poesía homérica. Los dioses presentan unas características muy claras. Se destaca, de forma especial, su inmortalidad y su existencia dichosa frente al carácter mortal y trágico del destino humano.

Sin embargo, no son dioses moralizados. Sus pasiones son aún más violentas que las de los

hombres, lo que les lleva a tomar partido e intervenir abiertamente en sus acciones. Pongamos primero un ejemplo de ese comportamiento pasional de los dioses homéricos.

Puede valernos el relato de Demódoco en la Odisea, canto octavo, versos 266 y siguientes, donde se nos relata los amoríos de Ares y Afrodita con el consiguiente deshonor para Efesto, marido de aquella. Padre Zeus y los demás dioses felices que vivís siempre, venid aquí para que veáis un acto ridículo y vergonzoso. Como Afrodita, la hija de Zeus, me deshonra continuamente porque soy cojo y se entrega amorosamente al pernicioso Ares, que él es hermoso y con los dos pies, mientras que yo soy lisiado.

Pero ningún otro es responsable, sino mis dos padres. No me debían haber engendrado, pero mirad dónde duermen estos dos en amor. Se han metido en mi propia cama.

Los estoy viendo y me lleno de dolor, pues nunca esperé ni por un instante que iban a dormir así, por mucho que se amaran. Pero no van a desear a ambos seguir durmiendo, que los sujetará mi trampa y las ligaduras hasta que mi padre me devuelva todos mis regalos desponsales, cuantos le entregué por la muchacha de cara de perra, porque su hija era bella, pero incapaz de contener sus deseos. Otro rasgo importante en la poesía épica es el carácter netamente aristocrático del sistema de valores.

En el canto sexto de la Ilíada, versos 475 y siguientes, encontramos un ejemplo claro de esa moral competitiva basada en el riesgo y en el amor a la gloria individual, considerada hereditaria, y de forma especial en la fama que en torno al héroe debe crearse. Zeus y los otros dioses, dadme que venga a ser este hijo mío, como lo he sido yo, señero entre troyanos, y fuerza y valentía igual demuestre, y en Ilión un día con poder impere. Y ojalá que alguien diga, cuando vuelva de la guerra, este con mucho más valiente es que su padre, y sangrientos despojos de ella traiga, de guerrero enemigo que haya muerto, y el corazón se alegre de su madre.

Hasta aquí he venido refiriéndome a algunas de las características temáticas centrales de la épica griega, pero en este tipo de poesía oral es también especialmente interesante sus peculiaridades de composición. Tengamos presente que se trata de una poesía no escrita, sino recitada espontáneamente, según se le va ocurriendo al autor. Por este motivo de base es comprensible que no estemos ante un tipo de composición literaria meditada y matizada con reiteración por el poeta, como será luego la poesía propiamente lírica, tanto de la propia Grecia como de nuestro mundo de hoy.

Si el autor, pues, se encuentra en una situación de constante improvisación, es lógico que previamente disponga de unos recursos formales que le ayuden a lo largo de la narración. Y esto no va contra la posibilidad de que exista una mayor o menor genialidad en el poeta. Este puede, en todo momento, impregnar de un toque personal esos recursos formales.

Y esto es, en definitiva, lo que debió suceder con Homero frente a los otros poetas épicos griegos cuyas obras no nos han llegado, a pesar de que el medio literario era el mismo para

todos. La epopeya américa, pues, como poesía oral que es, posee una serie de recursos característicos de este tipo de poesía y destinados a facilitar una realización improvisada. Entre estos rasgos podemos destacar, en primer lugar, el lenguaje formulario.

La edición formular consiste en utilizar epítetos fijos, tanto para las personas como para los objetos, o también emplear períodos un poco mayores que el simple epíteto, pero también idénticos o con muy pocas variaciones. Cambios estos producto, frecuentemente, de necesidades de la métrica impuesta por el verso épico. Veamos algunos ejemplos de este empleo de epítetos fijos.

A los griegos, en general, se les llama de bellas grebas, o bien de broncinias lorigas, o de intonsa cabellera. También los héroes tienen calificativos más o menos fijos. Así, a Aquiles se le denomina el de los pies ligeros, aunque en ocasiones, frecuentemente determinadas por el metro, se utiliza un epíteto patronímico, pelida, o sea, hijo de peleo.

Por su parte, Héctor recibe la denominación de el de yelmo refulgente, aunque en otros pasajes, cuando se necesita aludir a su valía en la lucha, se le llama el matador de hombres. Por lo que se refiere a Gamenón, que como sabemos es el general en jefe de toda la expedición griega ante los muros de Troya, es caracterizado como caudillo de guerreros, y junto a su hermano Menelao aparecen como conductores de pueblos. Finalmente, también los dioses pueden recibir epítetos fijos.

Zeus es el portador de la égida, o bien, el amontonador de nubes. Otra divinidad importante en el desarrollo de la acción es Atena, denominada la de ojos de lechuza. Hera, la esposa de Zeus, es calificada de la de blancos brazos.

Epíteto este, sin embargo, que también se aplica a Andrómaca, la mujer de Héctor, y a otras mujeres de los poemas. Otras unidades formularias mayores son las que integran las llamadas escenas típicas, que son unas unidades narrativas de una cierta extensión que se repiten de forma similar en diferentes momentos de la obra. Por ejemplo, cuando un guerrero se reviste para entrar en combate, se describen los distintos momentos del acto de armarse por un mismo orden, aprovechando uno de sus elementos para hacer una digresión, típica también del lenguaje épico.

Esto es lo que encontramos en múltiples ocasiones. Por ejemplo, en Ilíada, canto onceavo, versos quince y siguientes. El diatreo también lanzó su grito y mandó se ciñeran los saqueos, y él mismo se vistió fulgente bronce.

En torno de las piernas se calzó lo primero bellas grebas, con argente a sevillas ajustadas. Luego calose al pecho la coraza, que otrora por regalo de hospedaje. Dado le había cíniras, pues a Chipre llegó la gran noticia de que a punto ya estaban los saqueos de marchar con su escuadra rumbo a Troya.

Por ello su regalo lo hizo cíniras, por congraciarse con el rey supremo. Exhornada, de diez

franjas está de negro esmalte, doce de oro y de blanco estaño veinte. Azulados dragones, hacia el cuello se lanzan impetuosos, tres a una y otra banda, semejantes a los iris, que el de Cronos asienta en una nube por señal de los míseros mortales.

A los hombros terciose ya la espada, en cuyo pomo clavos de oro refugían, cuya vaina, pura plata, pendía de dorado talabarte. Luego embrazó el valiente escudo, el bello escudo con sus mil primores, que le protege el cuerpo entero. Diez círculos de bronce le dan vuelta, más los veinte bollones que lo exhornan, blanco estaño, y otros más en el centro, negro esmalte, sobre él está Gorgona, faz horrible, coronada, y su sola mirada espanto pone, y con ella, terror y fuga en torno.

Una argentea correa partía del escudo y en la misma, una oscura serpiente se enroscaba, con sus cabezas tres entretejidas, que del único cuello le arrancaban. El yelmo ya se cala a la cabeza, de crines de caballo, con dos cimeras y bollones cuatro, y espantoso tremola por arriba su penacho. Par de lanzas fornidas toma al cabo, de bronce cuarnecidas, afiladas, cuyo bronce fulguraba a lo lejos hasta el cielo, y hasta Atena y Hera, en honor retumbaron del potente rey de Micenas, la abundosa en oro.

Otro rasgo característico de la composición homérica es el empleo de las comparaciones en cualquier circunstancia de la acción. Es aquí donde asistimos a uno de los puntos en los que la personalidad del poeta alcanza momentos de una riqueza expresiva y estética admirable. Veamos un ejemplo especial.

Como devastador incendio abrasa, en la cima de un monte, selva inmensa, y de lejos la llama se columbra. Tal, en marcha poniéndose las tropas, del bronce prodigioso se desprende, relumbrante fulgor, que al cielo sube. Cual bandadas de pájaros alados, de ganso o de grullas, o de cisnes de largo cuello, en la pradera de Asia, en torno a las corrientes del caistro, revolotean a una y otra banda, de sus alas ufanos, y al posarse con estruendo, retumba la pradera.

Tal ellos en bandadas incontables, de las naves saliendo y de las tiendas, por el llano escamandrio se derraman, y la tierra, bajo los pies retumba horriblemente, de gentes y caballos, hasta que el alto hacen del escamandro en la pradera, tapizada de flores, muchedumbre infinita, cuan las hojas y las flores que brota la primavera. El poeta, una vez que nos ha descrito de forma tan plástica y colorista el ordenamiento de las tropas para el combate, no quiere cerrar la escena sin dedicar unas palabras a la cabeza visible del campamento griego, a Gamenón, cuyo valor nos describe así. Como un toro que en medio la manada descuella altivamente sobre todos, y en un corro de vacas él campea, tal al hijo de Atreus Zeus le hiciera descollar entre muchos aquel día, y campear señero entre los héroes.

Ahora bien, para terminar, querría señalar que en ocasiones estos recursos técnicos no sólo logran un fuerte efecto poético, como en los ejemplos arriba vistos, sino que alcanzan una profundidad de pensamiento que nos habla de la visión del mundo por parte de los héroes épicos, como puede verse en las palabras de Glauco a Diomedes en medio de la pelea, Ilíada,

canto sexto, versos 145 y siguientes. Magnánimo noble hijo de Tideo, ¿A qué fin me preguntas mi linaje? ¿Cuál es el nacimiento de las hojas? Tal es de los humanos el linaje. De las hojas, una se esparce el viento por el suelo, otras cría la selva florecida cuando llega sazón de primavera.

Tal el linaje de los hombres. Unos nacen a par que otros fenecen. La creación literaria en el mundo occidental ya se utilizaba antes del año 2000 antes de Jesucristo, pero será en Grecia donde se consolide esta actividad que hoy conocemos como literatura.

La figura de Homero supone el jalón más importante de la poesía épica griega, poesía que era transmitida de forma oral por los aedos, cantores que mantenían vivo este género por medio de la voz. Entre los rasgos más característicos de la epopeya homérica podemos distinguir el lenguaje formulario, los epítetos fijos y las escenas típicas. Y hasta aquí el tiempo de Filología por hoy.

Volvemos el próximo lunes en el que vamos a tratar un tema de gramática francesa. Hasta entonces, buenas noches.